



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM. 10412

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SABADO 18 DE JULIO DE 1896.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Cammartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

PAPEL DEL ESTADO

OPERACIONES AL CONTADO Y A FECHA
CONTRA VENTA
DE TODA CLASE DE VALORES
cotizables en las Bolsas
DE MADRID, PARIS Y LONDRES
CAMILO PEREZ LURBE
12 CASTELLINI, 12

Véase anuncio MODA Y ARTE en la tercera plana.

EL CAPITAN BRIONES

Hoy hace un año que el ejército español escribió una nueva página de gloria en el libro de la patria.

Un año hace también que nuestro amigo el valiente capitán de ingenieros D. Félix Briones coronó con su cadáver la cotta de Tugayas en Mindanao.

Recordemos.

Valiéndose de la traición, un puñado de salvajes moros sacrificó a otro puñado de corajosos españoles. El grito de dolor de las víctimas espoleó el coraje en el corazón de los amigos, y estos se apresuraron á tomar venganza, mientras la chusma cruel y descreída apelaba á la fuga y se amparaba tras los espesos parados de imponente fortaleza.

La lucha se empeñó terrible, sangrienta, porfiada; primero á distancia entre el fusil y la lanzaca; cuerpo á cuerpo después entre la bayoneta y el bolo.

Atacaban con bravura los soldados; sosteníanse con tesón los defensores y en tanto el cañón batía el parapeto y lo desmenuzaba hasta dejar practicable la brecha.

¿Quién va el primero á coronar la altura? No hubo tiempo de pensarlo siquiera.

Rápido, alentado por la sed de gloria, sintiendo aun en sus oídos

los gritos de los pobres soldados que inmolaran los cobardes asesinos que tenían enfrente, lanzóse sobre ellos el capitán Briones, confundiendo á poco en horrible montón con los que al pie de la brecha esperaban la acometida.

La defensa de los moros era formidable; pero el ataque de los soldados fue irresistible y poco después la cotta pregonaba el nombre de su nuevo dueño, ostentando en su cima la bandera española, cuyos pliegues flotaban sobre los palpitantes despojos del esforzado capitán.

La patria grande ha premiado con la cruz que guarda para los héroes al valiente cartagenero. La patria chica ha rezado por él en este día del aniversario de su muerte.

El capitán Briones reposa en el seno de la madre tierra. De su paso por el mundo solo quedan dos cosas:

El recuerdo de sus hazañas y el dolor desesperado de su madre infeliz.

TIJERETAZOS

La vida de un ahorcado anuncia en un periódico la venta del cordel con que se ahicó su esposo.

¿Para qué servirá la cuerda con que se ahorcó ese marido?

Como no sea para hacer entrar á los demás en ganas de suicidarse....

De todos modos la tal viudita es aprovechada y nada sensible.

Hablando de fuerzas navales dice un periódico que el quince de Enero próximo estará listo el «Lepanto» y el acorazado «Numancia».

Bueno, hombre; por eso no hemos de disputar.

Pero ya verá usted como no están listos.

A Madrid le ha salido un profeta fin

de siglo, que le ha puesto la carne de gallina á los madrileños.

El tal profeta ha anunciado que el día 20 subirá tanto el termómetro, que el aire desaparecerá por tres minutos y permanecerá la población.

Buena ocasión para exclamar con el individuo del cuento:

¡Adiós Madrid, que te quedas sin gente!

A la Compañía Madrileña de luz eléctrica por gas se le han apagado unos cuantos pesetas: doscientas mil menos un pito.

El fenómeno se ha propagado al cajero que se ha apagado también.

Y hay quien cree que echando mano al que guardaba la caja parecerá el numerario.

Ya estoy pensando en que van á pagar justos por pecadores.

Aquí las únicas culpables son las pesetas.

De no estar ellas por medio, el cajero seguiría en su sitio sin pensar en raptos.

Dice un periódico:

«Dice la prensa de Valencia que el gobernador civil de aquella provincia proyecta pedir al ministro de la Gobernación nombre al inspector de Madrid Sr. Luna, para que durante el período de la feria vigile de Venta á Venta la Encina los trenes, á fin de evitar que lleguen á dicha ciudad tomadores y timadores.»

Si su duda se habrán fijado en ese inspector y no en otro por lo que alumbra su apellido.

Lo mejor sería que el gobernador publicara un edicto prohibiendo la llegada de tomadores á Valencia.

Y estos no tendrían inconveniente en deferir.

¡Allá va eso!

«El estado de la salud pública en Monforte parece que no es muy satisfactorio.»

Personas llegadas á Orense de aquella ciudad, dicen que se repiten con frecuencia los casos de colerina.

Co... le... ri... na.

Colegu, no vale poner mote.

Para Portmán

Apreciable y nunca bien ponderado Lull: ¡Cuánta diferencia entre esa vida regalada y sin cuidados que pasáis los que por esta época os dedicáis al verano y la que llevamos los que por ocupaciones ineludibles ó por otras causas más prosaicas, pero de irresistible fuerza, tenemos que permanecer dentro de murallas, blindados contra el fresco tan apetecible en esta estación.

Vives como el pez en el agua, minado, reglado, solicitado, divertido... Aquí pasamos la vida de otro modo. De día nos acosan los mendigos y nos asfixia el polvo. De noche nos acosan los mosquitos y nos hacen pasar las de Cain.

¡Con que te has dedicado á la pesca! Te alabo el gusto. Pero no pesques con caña, porque ya sabes que dijo el otro que todo el que pesca con esa arte es un aparato que comienza por un anzuelo y termina por un tonto.

Me das envidia, Lull. Cada vez que pienso en las horas que pasas agradablemente entretenido en la tarea de despojar el mar con volantín y las comparo con estas otras que paso yo pescando noticias y convertido en filtro de mi propio jugo, me entran unas ganas de imitarlo...

¡Ay Lull! esto ha dejado de ser población para convertirse en horno. La bolsa en que vivimos debe haber dado una voltereta en el espacio y hemos caído en la zona torrida y nos torramos.

Tamaño desconcierto ha originado una revolución en las costumbres; y aquellos varones íntegros que tanto han vociferado contra los que no llevaban camisa, se han declarado descamisados enragé, proscribiendo totalmente el uso de dicha prenda.

Algunos exagerados — que siempre los hay en todo — irían algo más lejos en el aligeramiento de ropa y declararían traje nacional y obligatorio el que usaba Adán en el paraíso; pero se contienen y sudan y se desesperan por mor de la moral, aunque yo tengo para mí que es por temor á las leyes.

Te envidio Lull. Mientras tu te abandonas á las caricias de las ondas saladas y vas de cena en almuerzo y de comida en banquete, saboreando golosinas y de vorando artículos sujetos al adendo, yo

paso el día con la pluma en la mano y doy tortura al magín para ver de sacar algo de lo poco que le resta.

Yo iría á acompañarte el día de Santiago; pero me detienen dos cosas: el mal camino y el conocimiento que, tan pronto acerca de como son tratados los forasteros en Portmán ¡Demasiado bien, Lull, demasiado bien! Y francamente, dado lo avanzado de la estación y el calor que Pecho derrama, es harto peligroso exponerse á ser obsequiado en demasía.

Además, un tercer inconveniente se dibuja en lontananza. El deber me llamara ese día á la casa municipal, y mientras tú lo pasarás entregado en cuerpo y alma á las agradables fiestas del patron de ese pueblo, yo lo pasaré dedicado á la especial oratoria concejil, que parece, por su estructura, algo así como capa de estudiante, compuesta de remiendos zurcidos con hilo bramante y aguja saquera.

Sin embargo, allá veredes.

RAUL.

MONEDA FALSA

La guardia civil persigue actualmente un delito de falsificación y expendición de moneda, que, según se dice, ha sido descubierto del modo siguiente:

Un tratante en ganado, presentado ayer en una carnicería del barrio de Peral á cobrar unas reses que había vendido al carnicero; recibiendo de éste varios billetes y duros y cinco duros en plata.

Queriendo el tratante reducir á papel el metálico, entró en un establecimiento y formuló al dueño su pretensión; negándose éste á satisfacerla, por que la moneda que el peticionario le entregaba no le ofrecía gran confianza respecto á su legitimidad.

No desmayó por eso el tratante y fuere á un comercio próximo para que se le cambiaran; pero el dueño fue más explícito y examinando la moneda y viendo que era falsa, lo declaró así y avisó á la benemérita, que se presentó enseguida y comenzó á buscar la pista del delito.

Por de pronto el tratante quedó detenido, si bien se aseguraba anoche que había sido puesto en libertad.

En cuanto al carnicero no fue posible encontrarlo en el primer momento; pero,

cuantos fortuitos con ella hubiera disipado enteramente las sospechas de aquellos.

Maltravers podía experimentar un sentimiento vivo y profundo: pero no era ya aquel joven bulleante y volarío que se dejaba arrastrar por cualquiera impulso. He dicho que la fuerza era la virtud que estimaba más; pero la fuerza no es aplicable sino en ocasiones grandes y raras. Otra virtud de un aspecto tan severo, pero mas modesta, era la que le servía para arreglar sus deberes de todos los días, esta virtud era la justicia.

En su juventud se había prendado del honor mundano, sombra ligera, mudable, que no es mas que un reflejo de la opinión del tiempo y de las tendencias producidas por el clima. Mas la justicia es cosa permanente y sólida, y de ella sola emana el verdadero honor.

«El honor, decía Maltravers, es á la justicia, lo que la flor es á la planta, el producto superabundante de la savia, la prueba, el complemento de la vitalidad. Pero el honor que no es engendrado por la justicia puede compararse á una rosa fingida con que nos quieren engañar los modistos del gran mundo, asegurándonos que es mas natural que una rosa verdadera.»

Tenia Maltravers una firme intención de adherirse en todas las cosas á los principios de la justicia;

puede ser que no siempre siguiera esta intención. ¿Cuál es el hombre, en rigor, que en la práctica no se quede algo inferior á sus teorías? Pero se esforzaba, á lo menos, en marchar constantemente por la línea que se había prescrito.

Tal vez sería esto lo que le había salvado de las extravagancias del falso genio, de esos excesos en que caen con tanta frecuencia los espíritus ardientes, generosos, que se estierden más allá de los límites vulgares.

Por ejemplo, él decía muchas veces. Nunca gusta un hombre más de lo que gana, sin poner en una situación apurada á otros muchos. Nadie podría ser justo sin economía, y qué son la caridad, la generosidad, sino la poesía, la belleza de la justicia?

Jamás se le reclamó dos veces á Maltravers una deuda justa, nunca hubo necesidad de recordarle una persona aya.

Había seguridad de que, sucediera lo que sucediese, cumpliría cualquier empeño que hubiese tomado. Podía aplicarse aquel elogio sensato que hizo Johnson de cierto gran señor: «Si os hubiese prometido una bellota y faltase totalmente en Inglaterra la cosecha de las bellotas, mandaría á buscar una á la Noruega.»

No era, pues, aquel antiguo honor caballeresco, normando, aquel sentimiento que había reverencia-

Maltravers levantó los ojos para Evelina y se los fijó con calma, con atención, durante las últimas palabras de mistress Merion; observó que se ponía pálida y que suspiraba sin querer.

—Lord Vargrave era bastante alegre cuando le conocí, dijo él, y no tenía entonces tantos motivos para estar satisfecho de su suerte.

Se sonrió mistress Merion y miró á Evelina como con intención; Maltravers continuó:

—Yo no vi jamás al difunto lord; imagino que no tenía nada de la viveza de su sobrino.

—He oído decir que era muy severo, dijo mistress Merion, dirigiendo su lente á varias personas que entraban á la sazón.

—Severo! exclamó Evelina; ah! si lo hubieras conocido era el mejor de los hombres, el más indulgente; nadie me ha querido como me quería él; se detuvo porque sentía que los labios le temblaban.

—Perdonad, querida mía, dijo mistress Merion con frialdad, sin comprender el mal que puede hacerse caminando sobre un sentimiento. Maltravers se conmovió; mistress Merion añadió:

—Era bueno é indulgente con vos, Evelina; el ente más brutal no hubiera podido obrar de otra manera; pero generalmente, parecía por un hombre muy severo.

—No me acuerdo de una sola mirada severa, de